

La misión de la Vida Religiosa en América Latina

Santiago Ramírez

Tratar de la misión o de la respuesta que la vida religiosa debe dar hoy en América Latina lleva consigo mucho de honradez y de historia. Ser fiel a un pasado de Evangelio compartido liberadoramente con muchos hermanos y hermanas, y comenzar a anticipar un mundo que nos viene al ritmo de la escucha y del sufrimiento de hoy.

Es hermoso y apasionante sentirse envuelto por la vida siempre nueva, caminar con los hombres y mujeres de hoy hacia lo que cada día se nos ofrece, acoger esperanzadamente lo sorpresivo y saber que en todo ello está Dios, el Padre que se prodiga de Amor y salvación y nos ofrece por el Espíritu dador de vida en su Hijo Jesús, el Viviente, pobre entre los pobres, mucho Amor y Evangelio, Buena Noticia de misericordia y liberación, enteramente gratuita para nuestra sociedad y para nuestro pueblo.

Convencidos de esta verdad y seguridad podemos tratar de la misión de la vida religiosa o sencillamente de la presencia de comunidades de hombres y mujeres que sienten la alegría y el dolor de sus vecinos y ciudadanos, y tan enteramente se dedican a ellos que viven radicalmente consagrados a Dios y a sus hermanos y hermanas con apasionante seguimiento de Jesús en lo cotidiano y en la fascinante utopía del Reinado de Dios, deseando desde ahora verle presente en el mundo.

Situada para la misión

De inmediato viene una pregunta ¿Dónde situarse?, ¿dónde vivir, cómo vivir, a qué dedicarse?

La vida religiosa puede situarse en diversos espacios o perspectivas, geográficos y económicos, espirituales y sociales. Ninguno de ellos es indiferente. Colocarse en uno u otro es siempre una opción libre o heredada, con posibilidad de libertad o experiencia de condicionante amarre.

Sin duda buscará el espacio que dé sentido a su vida y en el que encuentre significatividad. Allí dónde sea fecunda y se realice. Allí dónde la identidad gozosa y viva surja como fruto madurado en la entrega y en lo cotidiano con la gente, experimentando con fe y cruz la presencia salvadora de Dios y el gozo de vivir en Él.

La misión es de Dios

Dios realiza su misión en el mundo. Precisamente Dios es quién la realiza de verdad. Desde el comienzo ha llevado adelante su plan de vida y salvación por los hombres planificando la obra creadora, haciéndolos felices en un derroche de generosidad y gratuidad.

La vida religiosa participa de esta misión de Dios por los hombres y mujeres, siempre en medio del pueblo, abiertamente y dirigiéndose a todos los pueblos y religiones, inspirándose en Jesús, consagrado y enviado por el Padre al mundo a fin de humanizar, dar vida abundante de hermanos e hijos, revelándoles al Padre.

Jesús descubrió, existencialmente, la misión en Nazaret, entre los vecinos, en las vejaciones y esperanzas de la gente, a la luz de la Escritura y de los profetas. Se compenetró con ella en experiencias contemplativas con el Padre y entregándose incondicionalmente al Reino.

La misión se privilegia entre los pobres, los pecadores y los excluidos. Es una verdad comprobada, ratificada en el constante obrar de Dios en la historia de la salvación y en la praxis de Jesús, constituyendo una opción y una fe teologales que tienen en Dios su fundamento, su procedimiento y su práctica.

La misión queda provocada por la vida

Desafían la misión las tendencias que se dan en la sociedad de hoy, reveladoras de un nuevo orden social y cultural. Nacidas de la encrucijada socioeconómica, implacablemente afectadas de neoliberalismo. Pueden considerarse como rasgos mayores: la globalización y mundialización, una universalidad dominante a modo de una gran red de información y comunicación. Se manifiesta en un fuerte pluralismo, coexistencia de diversos estilos de vida, formas de pensamiento y expresiones religiosas y culturales.

Entre otros rasgos propios de este cambio epocal encontramos la reivindicación de identidad étnica, cultural y de género; la creciente conciencia ecológica que puede sumarse a la veneración por la Madre Tierra, en búsqueda de rehabilitar espacio de vida y de naturaleza; el proceso confraternizador en todas partes bien como comunitariedad o proceso de integración.

Este es el gran desafío. Una gran transhumancia espiritual y cultural. La cual nos constituye en peregrinos a modo de calificativo añadido a la itinerancia de la fe que marca el seguimiento histórico de Jesús.

La *vida religiosa* que realiza la misión en este contexto se convierte en nómada de recreación y refundación de su propio ser y significación en el mundo. Queda solicitada por una sensibilidad nueva, diferente, que va al ritmo de las jóvenes generaciones. Así la vida religiosa progresivamente va sintiendo de otro modo, al estilo de los jóvenes, de la mujer y del pueblo.

Los *jóvenes* deben enfrentar hoy la situación dada de hecho. Se advierte desconexión fáctica del pasado y de esta historia iniciada en los años 60. Se vive un ambiente moderno y postmoderno funcional y puntual. Traen una nueva percepción de la realidad, otros símbolos y rituales, a través de los cuales se expresan. Necesitan señalarse aquella utopía e ideal que les esperance, fundada en Jesús y tematizada por la historia, es decir, un proyecto del que se sientan artífices y corresponsables. Entonces vibran, se entregan a ello. Por supuesto con fuerte centralización en la persona de Jesús.

La *mujer* consciente de su presencia, dignidad y derechos, viviendo en relación de género y totalidad. A ello la conduce su ser

comunicativo, unitario e integral. Ella misma, en su conciencia y actuar comunitario, va creando ya el nuevo orden social y eclesial. La humanización y experiencia teologal de Dios desde lo femenino va constituyendo la identificación y el objeto de la misión.

El *pueblo pobre* sobrevive a la encrudecida pobreza excluyente, en nuevas formas de resistencia y de afirmación de su dignidad y derecho a la vida. En unos casos continuando formas tradicionales religiosas y culturales, agarrándose a ellas como medio de reafirmación de identidad. En otros casos, sobre todo en lo económico y social ha encontrado formas alternativas, si se quiere sencillas, pero que le permiten sobrevivir y tener esperanzas. Se manifiesta en la capacidad de acomodación, funcionalidad, progresiva y realista creación cultural. Una muestra está en la estetización y adaptación del simbolismo folklórico y artesanal.

Con sensibilidad eclesial

Sensibilidad eclesial guiada por el Espíritu que anuncia el futuro y ofrece alternativa y novedad en esta Iglesia que tiene por urgente tarea «delinear el rostro de una Iglesia viva y dinámica» (SD 54), una configuración eclesial hacia una misión inculturada, en una conversión global y total que afecta a todo su ser, misión, formación de la fe, estructura de gobierno servicial y en un orden jurídico de la gratuidad y de la misericordia, siguiendo el camino de la Encarnación (cfr. SD 30; 256).

Ámbito de la misión de la Vida Religiosa

Lo anteriormente dicho constituye el contexto y el ámbito de la tarea encomendada por el Espíritu a la vida religiosa. Por ello debe aceptar el *desafío proveniente de los signos de vida* que se han señalado, y entrar a ello para interpretarlos a la luz del Evangelio y poder dar una respuesta posible con alegría y confiando en el Señor. Para ello cuenta con una tradición y una praxis eficaz vivida en comunidad e inspirada en el seguimiento de la praxis de Jesús, según el Evangelio.

Es verdad que la vida religiosa puede situarse en diversas perspectivas sociales y espirituales, pero también es cierto que ninguna de ellas es indiferente. Cualquiera de ellas posibilita esclavitud o

libertad. En consecuencia debe estar allí donde haya connaturalidad al don recibido y donde encuentre identidad y fecundidad gozosa y realizada, igualmente dando sentido, pueda ser signo, luz y fermento gratuitos.

La Vida Religiosa por sí misma es misión

Pues ha sido ungida por el Espíritu en la misión y para la misión.

La vida religiosa es una *misión recibida de Dios*, ya es misión en su simple cotidianidad, por lo que vive y hace sin necesidad de dar explicación de ello. Es encarnación de Jesús pobre y misionero, su visibilidad y atractivo. Hacer presente a Jesús en el mundo, en medio de una cultura y a través de una fraternidad, y por lo mismo solo puede entenderse como misión de Dios en el mundo. Presencia de Dios y de la misión que Él realiza en todos los pueblos y religiones.

Vivir enteramente volcada a esta misión recibida es su razón de ser, su identidad más preciada, pues siendo Iglesia está íntimamente unida a Jesús, sintiendo y dando la vida por todos como Él. Es igualmente la misión e identidad de la Vida Religiosa Contemplativa. Esta es su fuerza, el carisma sentido a modo de fuego del Espíritu: que dándose en gratuidad se comunica apasionadamente y enciende la llama de esta vida humanizante de Dios allí dónde se hace presente el Espíritu.

Por ello la misión se constituye de la autocomprensión de la vida religiosa íntimamente impregnada de pertenencia y consagración a Dios, en virginidad filial y fraternal, haciendo la voluntad de Dios que es gratuita liberación para todos.

La vida religiosa no puede entenderse sin sentirse experiencia mística de misión. Es decir, sin estar existencialmente compenetrada de la misión de Jesús en el mundo. Misión total y liberadora. Experiencia dada por el Espíritu en lo íntimo de su ser abarcando el sentido y el obrar. Don que la hace vivir de la misión y de Jesús cuya identidad consiste en ser «consagrado y enviado».

Desde aquí la vida religiosa se siente urgida a tomar en serio, con respeto y amor, a los hombres y mujeres por realizar el plan de Dios en el mundo. Aquí está la raíz de su propio sentido de la vida y de la

sociedad. De aquí surgen preguntas como estas: ¿cómo vivir en esta sociedad?, ¿cómo ser humanos?, ¿cómo vivir de Dios?

En una palabra, *concretar socialmente el primado de Dios* consagrados y consagradas que construyen la sociedad, siendo ciudadanos corresponsables, siendo signo de la alternativa de vida que Dios ofrece en Jesús. Las repuestas a estos y otros interrogantes, por sí mismas, resitúan la misión, transforman el estilo de vivir y redefinen la identidad de la vida religiosa.

Recrear la misión de Jesús

Es tal el dinamismo de lo dicho hasta aquí que necesariamente nos remite a poner la mirada en Jesús y en su praxis misionera. Porque la novedad social requiere adecuadas propuestas que ayuden a conferir sentido religioso y humano, que indiquen el camino y sean realización satisfactoria. Se trata en fin de *recrear en el Espíritu la misión de Jesús*. Apropiarse hoy la encarnación de Jesús y su sentir, su modo dialogante y respetuoso con propuestas honradas que tocan las aspiraciones más hondas, con sensibilidad y ternura que confortan el valor y la decisión. Sabiendo que con Jesús el camino de la misión es virginal y fraterno, abraza a todos los hombres y mujeres en toda situación. Es el camino de kénosis, servidor y sufrido, con autoridad de misericordia sin poderlo, en tarea de eficaz reconciliación desde los abismos de humanidad hacia la comunión de todos, varones y mujeres, creyentes y no creyentes, haciendo presente la salvación del Espíritu que hace nueva la creación entera.

En fin, recrear la misión de Jesús manteniendo y actualizando el proyecto y utopía humanizadora y liberadora del Reino como el compromiso indeclinable de Dios por los hombres y mujeres de acompañarles en salvación y plenitud hacia su felicidad y realización en comunidad.

Veamos algunos rasgos de la recreación de la misión de Jesús:

- ♦ Encontrar y descubrir a *Dios siempre presente en la historia* y en las realidades del pueblo, de la sociedad y del propio corazón, Dios presente en los peores trastornos de la historia, Padre y Madre acompaña como amor a cada hombre y mujer en toda situación por difícil que esta sea, que hasta cuida de las aves y de la hierba.

- ♦ Mirada nueva, *positividad para con toda persona* viendo en ella su dignidad de persona e hija de Dios, incluso descendiendo a los abismos de inhumanidad en la condescendencia de Dios en Jesús. Mirada positiva, regeneradora, porque sabe de la gracia transformativa del mal en bien y sabe del amor del Padre por los pequeños, los degradados y los excluidos. Sensibilidad de amistad y presencia por la misma experiencia de misericordia recibida generosa y sorprendentemente, y aportada desinteresadamente lejos de ganancia o afán proselitista.
- ♦ Misión compartida por convicciones de *igual dignidad bautismal y humana*. Responsabilidades y dirección descentralizadas, desprotagonizadas, con sentido de sencillo servicio a la misión de Jesús hoy.
- ♦ Privilegiar la *gratuidad en el servicio*, confiando en la persona humana.
- ♦ Anunciar a los pobres de hoy que son bienaventurados compartiendo lo más solidario y cercanamente posible sus exclusiones, carencias y sufrimientos. El amor hecho praxis hace creíble la *Bienaventuranza de los pobres y el Evangelio*. En el momento actual solo quienes viven lo pobre y creen en Jesús son escuchados. La misión tiene su piedra de toque en el compromiso con las necesidades más dolorosas y urgentes presentes en la sociedad.
- ♦ La misión como *dadora de sentido a la vida* frente a lo fragmentario y a la relativización de creencias y valores. Servicio inestimable de humanidad y de experiencia de Dios como fuerza integradora y principio armonizador y unificador.

A través de estos rasgos la misión se reaviva apareciendo como signo y parábola que confiere sentido y significatividad a la vida hoy y a los mismos consagrados. Parábola siempre plural adquiriendo rostros y formas diversas en cada una de las presencias en la sociedad, teniendo en común el ser esperanza y mostrar el Reino de Dios.

Comunidades generadoras de misión y de relaciones

La misión de la vida religiosa *requiere de una comunidad fraterna*, cohesionada por la misión. Es el signo dado por la vida religiosa latinoamericana, sobre todo femenina, a partir de la inserción en los medios populares y con el modo de ser fraterno y solidario del compartir propio del mundo indo-africano.

Misión centrada en la comunidad en cuanto seguimiento radical de Jesús en comunidad. Algo que por lo demás es esencial al Evangelio. Basta recordar la misión de Jesús anunciando el Reino y convocando a hombres y mujeres en torno a sí para constituir el signo del Reino, discípulos y discípulas en relaciones fraternas. Jesús ofrece relación, conecta todo lo aislado y dividido. Él es levadura de la relación justa y equitativa.

La vida religiosa anuncia y testimonia lo que vive como hermanas y hermanos con Jesús, y los dones que recibe y experimenta en el seno de la comunidad: la salvación, la misericordia, la reconciliación que restablece el fondo de la persona y la capacidad efectiva de relaciones.

La comunidad en misión relaciona presencia y compromiso social, relaciones cordiales y el vivir de la prioridad de Dios como experiencia contemplativa de silencio y compromiso con los pobres.

Comunidades insertas entre los pobres. Ellos son los que clarifican la misión en cuanto ofrecen realismo, reclaman la predilección de Dios y de su obrar, y son memoria viva del Evangelio.

Aquí la comunidad religiosa se siente sobremedida llevada a vivir la fraternidad. Siente que la comunidad es el sujeto de la misión. Así se testimonia con diáfana claridad el plan de Dios. Se hace patente que la lucha junto al pobre contra toda marginación y explotación tiene lugar en la fraternidad de todos, con toda la sociedad y la creación, y conduce a recrear las relaciones personales y sociales. Que en la exclusión y en el margen la comunidad vive la autenticidad y la radicalidad del seguimiento de Jesús.

Comunidades fermento que generan relación, comunión integradora, respeto y proyectos de justicia. Comunidades nucleares y alternativas que al ser pobres por decisión evangélica y colocarse junto a los sufrientes, son el signo de Jesús reconstruyendo la humanidad desde el hijo que abandonó la casa, desde la viuda, el pecador y la pecadora excluida.

Comunidad que rompe con situaciones pasadas de pecado, divisiones, desautorizaciones, desconfianzas y abre espacios nuevos de relación y estructuración de la vida en la gratuidad y en la novedad del amor que vienen del Espíritu del Señor.

Espacios de presencia-misión

Los campos de la misión provienen en buena parte del anuncio de Jesús y de las necesidades sociales y religiosas padecidas por los hombres y mujeres de hoy. Los llamamos espacios pues son ámbitos de cuerpo y espiritualidad, de pobreza y experiencia de Dios, de humanización y de vida divina. Los espacios totales en los que se desarrollan los proyectos y lo cotidiano del quehacer humano.

Sed de Dios, de trascendencia, de sentido, hambre de la Palabra que procede de Dios y es camino, verdad y vida. Aquí tiene lugar el anuncio de Jesús, hablando de Él en América Latina como salvador y liberador, el Señor Resucitado, pobre y crucificado, alma y esperanza del pueblo en las antiguas y en las nuevas pobreza. Aquí se vive la contemplación y adoración del Padre presente en este pueblo.

La vida religiosa se siente peregrina con el pueblo acompañando los procesos espirituales, la búsqueda de Dios. Aportando la experiencia y la tradición espiritual, recreada en símbolos y sensibilidad, a fin de que pueda vivificar a jóvenes y adultos que buscan calmar su sed interior, en sectas, religiones alienantes, recursos mágicos y esotéricos, y ofrecerles una auténtica experiencia de Dios en espacios comunitarios de oración, reflexión, silencio y contemplación.

Las nuevas pobreza junto a las antiguas son *espacio privilegiado de misión*. En ellas, a los pobres y pecadores, Jesús anuncia eficazmente la Buena Noticia de gracia y liberación: a enfermos de SIDA, terminales; exclusiones sociales y religiosas; mujeres suburbanas y campesinas; el área de la salud. Estas y otras pobreza refuerzan el compromiso por la vida, la justicia y los derechos humanos. Aquí se camina con el pueblo. Aquí tiene lugar la imaginación solidaria en búsqueda de soluciones. Es el cuerpo a vivificar de la promoción humana, sin ella no se puede entender la misión de Jesús entre los pobres, los enfermos, leprosos, hambrientos, ciegos, parálíticos.

Esta misión debe realizarse muy en común con grupos humanitarios o religiosos, pues se trata de la vida y con ellos atacar las causas estructurales que producen tanta miseria excluyente, y así mismo buscar condiciones alternativas de humanización.

Abrir espacio de vida y humanidad en todas sus dimensiones, luchando contra toda discriminación de sexo, raza o cultura. Promueve

la convivencia y la ciudadanía de todos con un cumplido derecho a la salud, educación y organización. Que sea un hecho poder andar según la dignidad humana dada por Dios, y el futuro y el quehacer histórico, con protagonismo comunitario, sea una realidad.

La vida religiosa está llamada contemplar e inspirarse en el proyecto de humanidad que Dios tiene para todos sus hijos e hijas sin distinción ni exclusión alguna. Un gran proyecto que debe ser asumido y amado por la vida religiosa que busca hacer de toda la humanidad, desde abajo, una casa habitable, común para todos, en Dios Padre y Madre de todos, aunque no lo sepan, pues nadie queda excluido ni por ideología, sexo, raza o confesión religiosa.

La vida religiosa, en especial la femenina, puede hacerlo por su especial sensibilidad para estar en los frentes de la vida, captar las necesidades y situarse en ellas, estén donde estén.

Ser testigos de veracidad y de paz. Este es un espacio ético y humano, hoy día privilegiado porque nuestra sociedad está afectada por la mentira y la violencia, la componenda, el terror y la inseguridad. Ser testigos de Jesús que sin protagonismos ni acepción de personas construyen la paz, dicen la verdad sin que se halle engaño en su boca.

Hacerse presente en lo suburbano que encierra alarmantemente todas las pobreza e inhumanidades, efecto del sistema pero lugar en el que se revela Dios y es signo del Espíritu.

Abrirse a la novedad que viene con la historia y la juventud. Ir más allá de donde se está, de lo establecido y de sus estructuras. El Espíritu sorprende permanentemente.

Construir una Iglesia desde lo pluricultural, laical y femenino

La vida religiosa es Iglesia y por su misma naturaleza es laical en la santidad de la Iglesia e integra en su seno diversidad de culturas, razas y naciones. Está llamada a ser fermento de este nuevo rostro de Iglesia en medio de ella y de la sociedad y de un modo especial la vida religiosa femenina con su peculiar cometido profético dado por el Espíritu.

Iglesia pluricultural según las conclusiones del COMLA V:

- Construir una Iglesia pluricultural a través de una evangelización inculturada en actitud de respeto, apertura y apoyo a las culturas y a las religiones, a partir del proceso histórico liberador de América Latina, ofreciendo a todos la liberación.
- Garantizar a las diversas culturas su lugar en la Iglesia, convirtiendo estructuras en espacios de participación y dando prioridad al protagonismo de laicos y laicas.
- Apoyar y favorecer la identidad y el protagonismo de los pueblos indígenas con respecto a la realización de su proyecto histórico en el actual contexto neoliberal.
- Apoyar, asesorar y acompañar las alianzas de los pueblos indígenas entre sí y con los movimientos populares, Iglesias y sociedad civil en la reivindicación de sus derechos.

Iglesia local. La vida religiosa desde sus comienzos en la mayoría de las congregaciones ha nacido de laicos, mayoritariamente mujeres, que han recibido del *Espíritu* el don carismático de consagración al servicio de los pobres. Por ello, el Espíritu suscita hoy en la vida religiosa la conciencia y su laicidad y la impulsa a colaborar eficazmente en la edificación de una Iglesia pueblo de Dios en su dimensión laical, fraterna, participativa con ministerios y carismas para su vida y sobre todo para la misión de ser servidora del mundo.

Está llamada a fraternizar con los laicos sintiendo con alegría la misma dignidad bautismal de consagración y misión en Dios en Jesús por la vida del mundo. Ser con ellos signo de humanidad y de fe en la común experiencia de vida, fe y misión que a todos involucra.

Iglesia desde lo femenino. Que la Iglesia quede marcada por la presencia efectiva de la mujer en sus diversas instancias y por la dimensión de lo femenino en ella tan necesario para vivificarla como comunidad relacional, presencia de Jesús partiendo como pan para todos y vulnerable como crucificado y anonadado. La mujer tiene aquí un lugar propio, cooperar a poner sensibilidad, detalle, ternura, calor humano en la comunidad y perseverancia y vigor en la misión con la intrepidez de quien ama, arriesga y da la vida.

El ministerio de las mujeres con sus dones propios aporta un estilo surgido del compromiso de reciprocidad, comprensión, relaciones equitativas, así la capacidad tan profunda de perdón que las mujeres tienen ante tanta exclusión de la que son objeto. Entender el seguimiento de Jesús, la Iglesia, el discipulado en sentido comunitario y relacional que encarne el rostro sufriente y resucitado de Jesús en una comunidad formada por varones y mujeres.

He aquí un espacio de la misión de la vida religiosa sobre todo femenina.

La encarnación e inculturación del Evangelio

El futuro está marcado por la *megatendencia hacia la autonomía e identificación cultural y étnica*, de regiones y nacionalidades. La misión de la Iglesia encuentra aquí una motivación más de tipo social que se añade a la evangelización como siembra y camino de encarnación e inculturación del Evangelio. Una responsabilidad que compromete a la vida religiosa. Es un espacio ilimitado, necesitado de arriesgarse y confiando en el Espíritu de libertad para vivificar el mundo que viene y en el que Dios está presente. Que la fe tenga rostro de las nuevas generaciones y sea el rostro de Jesús encarnado en ellas.

La vida religiosa será eficaz en este espacio en la medida que la inculturación del Evangelio y del carisma en sí misma, sea una realidad. Requiere *dejar la uniformidad y los medios* e introducirse a una práctica decidida en la que se compruebe la fidelidad al don recibido y la recreación del mismo. Una verdadera refundación de la vida religiosa desde la acogida en la cultura.

El espacio de inculturar el Evangelio y a la vida religiosa requiere donación, entrar a un proceso y expresarse en esquemas culturales diferentes.

En América Latina, la vida religiosa debe cooperar a la ya iniciada tarea de indigenizar y negrear la Iglesia. Que surjan Iglesias particulares indígenas y afroamericanas. Así se mostrará con evidencia la presencia del Reino y la fuerza de Pentecostés.

Diálogo y cooperación con otras tradiciones religiosas

Espacio señalado por Jesús en su oración pastoral. Lleva consigo unidad como proyecto escatológico, adelantado en el tiempo, haciéndose camino de comunión en respuesta a la necesidad humana de vivir unidos, miembros de la familia de Dios. Es exigencia del amor y signo de que Jesús ha venido al mundo. La misión está en el corazón de Dios, en su palpar liberador.

Este espacio religioso debiera ser connatural a la vida religiosa porque el ámbito del diálogo y cooperación se da entre personas que desde diversas perspectivas viven la pasión por Dios y por el hombre. Es cierto que no es fácil y que está sembrado de dificultades. Razón por la cual la vida religiosa se siente urgida a reavivar el sentido de su vida, vivir de Dios, ser una profesión de fe.

Solo la experiencia gratuita de Dios Padre de todos, aunque no hayan oído hablar de él, ofrece a la vida religiosa el principio dinamizador de su misión, ser compañera de una peregrinación fraterna en el ámbito del Reino conducidos por el Espíritu.

Compartir el radical sentido de Dios y el haberlo experimentado ofrece un cauce al diálogo y a la cooperación que va traducéndose en proyectos en favor del pueblo contra el hambre y la violencia. Acercando a unos y a otros en abrazo reconciliador de tener un mismo Dios y hacer habitable esta tierra, casa común de Dios. Orar juntos para que acontezca la salvación e incluso poder celebrarla en una liturgia interreligiosa.

En el continente han despertado las religiones y organizaciones indígenas y afroamericanas. Es necesario conocerlas, dialogar respetuosamente con ellas hacia una cooperación social y religiosa, y para comunicar el Evangelio desde el amor que se da y se siembre inculturado.

Es mucho lo que queda por andar e incluso iniciar. La vida religiosa puede capacitar a hermanos y hermanas para esta misión de ser compañeros y vecinos de este itinerario plurirreligioso y abrir más el horizonte de la experiencia de Dios.